

El legado del P. Enrique Rivera de Ventosa, un "hombre de Dios"

In memoriam

Recibí su última llamada telefónica el pasado día 1^a de febrero. Amable, sencillo, riguroso y rotundo, como siempre. Aunque sospechábamos desde hacía largo tiempo que su existencia en esta vida estaba tocando a su fin, la fuerza de su verbo ágil, apretado, encendido, bien conocido por todos, rezumaba como siempre la espiritualidad que surgía de lo más hondo de su espíritu, haciendo vida las palabras de Cristo: "De la abundancia del corazón habla la boca" (Mt 12, 34), con la fidelidad propia de los auténticos hijos de Dios. Como hace un buen padre, durante casi cuarenta minutos prosiguió desgranando sus consejos con su extraordinario afecto y cercanía, mostrándome la belleza del rigor en el estudio, su ilusión ante los proyectos en los que trabajábamos en común, su preocupación por mi formación y el amor, su amor inmenso al Padre Celestial... todo ello, salpicado con entrañables recuerdos de su infancia en torno a la festividad del día de las Candelas, vividos junto a su querida madre hacia la que siempre mostraba una ternura verdaderamente ejemplar.

Así era la exquisitez del P. Enrique, eminente pensador cristiano, catedrático emérito de la Universidad Pontificia de Salamanca, en cuyas aulas desplegó todo su buen hacer, su extraordinaria sabiduría como Profesor de Filosofía, y una capacidad pedagógica, sin duda singular, con la que transmitía sus vastos conocimientos avalados por un millar de recensiones y más de un centenar de pequeñas monografías. Un hombre querido, admirado y respetado por todos los que lo hemos conocido. Durante algo más de cinco años he tenido el privilegio de seguir muy cercanamente su trayectoria intelectual y personal, llegando a convertirse de inmediato en un extraordinario hermano, amigo, mentor, padre, maestro... hasta que el pasado día 23 de febrero, en Madrid, a sus 86 años se produjo su tránsito. Previsor, positivo, optimista, mirando siempre al futuro –como nos decía tantas veces– a través de la línea telefónica desplegó, una vez más, en su última conversación conmigo, todas las artes de quien cree firmemente en la persona, lo cual, en este caso, me hace acreedora de una inmensa

responsabilidad, ya que me cabe el honor de culminar los trabajos para los cuales se prestó sin dudarle a dejar grabadas las líneas maestras de la investigación que debe seguirse y numerosas fichas de trabajo realizadas ¡he aquí el ejemplo! en medio de su lento pero inexorable deterioro físico a causa de su grave enfermedad.

Desde el principio fue informado del poco tiempo que podía quedarle de vida, pero ni siquiera este hecho fue capaz de mermar su tesón y capacidad infatigable de trabajo. En estos momentos como en otros su mirada se centraba siempre en el futuro desde la perspectiva del presente aprovechado al límite hasta el último segundo. El *Carpe diem* horaciano brotaba de sus labios con fuerza en estos meses pasados. El mismo dejó escritas en sus últimas palabras este sabio consejo, al que dotó del ropaje evangélico como hacía con todo, llegando a formar parte estrecha de su trabajo y proyección espiritual. “Soy un entusiasta del tiempo presente –decía–. El pasado, tan enorme a través de la historia, nos debe iluminar el presente... La realidad es que yo tengo que actuar en el tiempo presente... Yo, ahora, estoy en la actitud de ver cómo pasamos el día de hoy tranquilamente, santamente y a ver si podemos hacer un poco de bien. Es mi consigna. Contra el mal, hay que luchar con el bien... Soy entusiasta del presente vivido desde esos orígenes del evangelio, como cristiano, y desde los orígenes del franciscanismo, como franciscano”. Estas son, entre otras, algunas de sus últimas palabras en esta vida, palabras a las que se dieron lectura en las exequias celebradas en la Capilla de los PP. Franciscanos Capuchinos de Salamanca en medio de una gran solemnidad y emoción. Hay que decir que el P. Enrique formaba parte de esa élite singular de la que bien puede afirmarse, cuando se produce su tránsito, que no se han ido; se quedan para siempre en el corazón y la memoria de sus muchos alumnos, colegas, amigos, familiares y, como no, de sus hermanos de comunidad, a quienes amaba tiernamente y para los que siempre tenía en sus conversaciones palabras de ternura y cariño.

De una personalidad como la suya, difícil de olvidar, siempre se ha destacado su sabiduría. Incluso, se ha llegado a decir que no podría deslindarse la sabiduría del P. Enrique del hombre que fue. Creo, sin embargo, que esto sólo tendría sentido si la sabiduría a la que nos referimos es aquella que procede de la unión íntima con la Santísima Trinidad. La sabiduría humana, la que procede del esfuerzo y el rigor en el estudio y la investigación, puede manifestarse también al margen de la nobleza del espíritu. Como es sabido, la erudición y el prestigio que proviene de una obra ingente no requiere un patrimonio moral determinado. Sin embargo, si el pensador viene revestido –como era el caso– de un sinfín de cualidades y de virtudes, que se detectaban fácilmente en la convivencia cotidiana, no cabe duda de que su propio pensamiento, su quehacer diario y el fruto de su investigación habrían de venir signados por estas características, como así ha sido. Por eso, el legado del P. Enrique trasciende su capacidad intelectual para situarse en otra región que es, para quienes tenemos fe, lo máximo a lo que debemos aspirar: el amor a Dios y a nuestro prójimo. Y así, este hombre espiritual, riguroso en la vivencia de las virtudes evangélicas, buscaba siempre de manera afable, sencilla, como si todo en él se produjera sin roces ni esfuerzos de ningún tipo, el centro neurálgico del ser humano: su corazón. La conciencia de estar ante un hijo de Dios, hecho a imagen suya, le permitía vivir

con gozo la experiencia de la caridad que todo lo cubre, lo cree, lo espera..., que no es descortés, ni antepone los intereses propios, que se complace en la verdad... (1 Cor 13).

Hay quienes se dicen maestros y no lo son. El sin considerarlo lo era, a pesar de rechazar este título que a veces le dábamos de forma entrañable, respondiendo con vivacidad que se trataba de algo que le pertenecía únicamente a Cristo. Y es que, entre sus muchas cualidades, su natural bondad y modestia franciscana apuntaba a la persona, que es, –nos decía siempre– lo que realmente importa. Por eso, en lugar de sembrar en su interlocutor la impresión de anonadamiento ante el prodigio de su erudición y extraordinaria memoria, tenía la capacidad de saber trasladar su pensamiento con una actitud de singular cercanía y respeto poco comunes. Y ese era un aspecto que llamaba poderosamente la atención en un hombre de su talla y prestigio intelectual que se mantenía lejos de la prepotencia de la que a veces se hace gala en determinados estamentos universitarios. Con ese talante abierto, bien conocido por muchos, sabía alentar a todos por la vía del esfuerzo y la ilusión, cualidades bien cultivadas por él mismo. Esa fórmula, tan pedagógica, es la que ha despertado la confianza en muchas de las personas que se han acercado a él y ha propiciado que no se desperdiciaran grandes valores en ciernes que, sin duda, él descubría con gran habilidad e intuición.

El profesor Rivera bien pudo haberse vanagloriado de muchas cosas, entre otras, de sus grandes amigos, pero cuando se refería a ellos lo hacía siempre con la humildad y el sincero deseo de aprender de ellos, lejos de creer que el amor que le profesábamos se debía a su valía personal e intelectual, que la tenía, naturalmente, y con creces. De él habría que aprender también el hondo sentido de gratitud que le caracterizaba y que mostraba cuidando hasta el extremo todos y cada uno de los detalles que elevan la dignidad del otro: respeto, prudencia, mesura, las palabras acertadas siempre y la memoria presta a destacar las cualidades de aquellos a los que se refería con mucha frecuencia: Alain Guy, Cirilo Florez, Eudaldo Forment, Antonio Heredia, Raul Fornet-Betancourt, Diego Gracia, Ceferino Martínez, Noboru Kinoshita, José María López Sevillano... y tantísimos otros, como el desaparecido Juan Luis Acebal, algunos de ellos antiguos discípulos, hoy insignes hispanistas y pensadores, que le mantenían informado de todo lo que realizaban, estimando en alto grado su parecer al respecto. Eso sin contar con los propios miembros de su comunidad, tan bien preparados muchos de ellos, cuyas cualidades destacaba en todo momento. ¡Cómo se alegraba de los éxitos de los proyectos de todos! Así son los verdaderos maestros, porque con esta actitud, sin pretenderlo, conseguía que estas y otras personas que no podemos mencionar aquí ¡son tantas! experimentasen el gozo de compartir con él lo poco o mucho que habían logrado.

Pues bien, en este capítulo de su larga vida y en los últimos años de la misma se produce su encuentro con el pensador español, Fernando Rielo, de quien se consideraba ferviente admirador, lo cual constituye una mención aparte por la huella con la que ha impregnado su vida espiritual y su propia trayectoria intelectual. Las obras del profesor Rielo, como era conocido por sus seres más cercanos, se convirtieron en sus libros de cabecera hasta el último instante de su vida, dedicando gran parte de su tiempo a la investigación de las mismas.

Una consecuencia de ello ha sido el nacimiento de diversos e importantes trabajos, de algunos de los cuales se ha hecho eco *Espíritu* desde estas páginas; otros han sido presentados en sendos Congresos. La concepción antropológica de Rielo, fruto una metafísica propia y singular, las diversas publicaciones de poesía mística y, en general, el conocimiento de su pensamiento filosófico y espiritual, le llevaron a manifestar de manera permanente a todos sus allegados, profesores, amigos... que había encontrado, por fin, un alma gemela, con la que, en efecto, se sentía totalmente identificado: “Tengo que decir que la lectura, la reflexión sobre Fernando Rielo en este momento de mi enfermedad puede contribuir, y de hecho ya contribuyó en mi anterior reflexión, a darle un sentido optimista y, sobre todo, un sentido de serenidad, de tranquilidad, de placidez, que es el clima que en este momento se mueve mi espíritu”, expresaba en el madrileño Santuario de San Antonio de Cuatro Caminos donde se produjo su fallecimiento. En los últimos meses y junto a sus trabajos de franciscanismo ha dejado trazadas las líneas de nuevos libros y ponencias sobre este pensador –que otros habremos de llevar a buen término– sin dejarse vencer en ningún caso por la fatiga. Es una muestra palpable del interés y el sentido de su admiración y afecto por la persona y el trabajo de Rielo con el que ha venido manteniendo una relación epistolar importante.

Otra de las características del profesor Rivera, que ha llamado la atención, era su capacidad de trabajo. Así lo conocíamos: optimista, trabajando infatigablemente, en silencio, con inusitado entusiasmo. Un entusiasmo que le hacía parecer largo en sus conversaciones porque desgranaba vigorosamente y, casi con fervor, las sugerencias que sus muchas lecturas le suscitaban. Ahora bien, era un interlocutor perfecto que solía escuchar con gran atención y silencio lo que se le expresaba. Y, desde luego, sus conversaciones tenían la capacidad de confortar el espíritu, llenándolo de paz y de buenos propósitos. Siempre tenía entre manos no uno, sino varios proyectos simultáneos; de ahí el número importantísimo de las obras que nos ha legado. Era también buen conocedor del mundo en el que le había tocado vivir en todos sus ámbitos: sociales, políticos, económicos, eclesiales..., como lo era de las peculiaridades propias de la vida espiritual y comunitaria. Por eso, oírle constituía siempre un verdadero placer, sobre todo, porque a la riqueza de sus comentarios añadía grandes dosis de esperanza llenas de realismo, que salpicaba con textos de sus autores preferidos y, como no, de las Sagradas Escrituras. Todo ello se percibe en sus numerosos trabajos.

Coherente y fiel el P. Enrique ha sido una persona de oración y eso ya lo dice todo. En una entrevista que le hicieron en un diario salmantino el pasado año por estas fechas, él mismo decía haber “cultivado lo íntimo, lo personal, no lo aparatoso”. En mis conversaciones con él he tenido ocasión de comprobar una y otra vez su hondo humanismo, con una capacidad de comprensión y de misericordia con todos verdaderamente ejemplar. Su humildad y obediencia a cualquier indicación que proviniera de sus superiores y últimamente del personal sanitario que le venía atendiendo han sido proverbiales. No había rudeza en sus gestos; todo lo contrario. Sin embargo, él reconocía humildemente que el tono de su voz, alto y rotundo, le había creado problemas, haciendo notar que hubiera preferido que no fuera así, seguramente –aunque eso no lo decía–

porque a lo largo de su existencia se habría podido ir creando una idea de su persona en cierto modo equívoca. Se trata de esos rasgos del carácter que muchas veces pueden llegar a esconder la hondura de la sensibilidad, la ternura y la inocencia de un gran espíritu como ha sido el suyo; una inocencia, en absoluto pueril, que mostraba bien a las claras en qué medida vivía con fidelidad la promesa de la ofrenda de su vida hecha a Dios, cuando todavía era un niño, y su amor a la Iglesia. No hace mucho uno de sus Superiores hacía notar que nunca sabía decir que no. Siempre estaba presto para ayudar a lo que se le sugiriese, incluso, aún cuando ya estaba enfermo. Es decir, que su disponibilidad en todos los sentidos era total.

A grandes rasgos, este era el hombre. Del intelectual, del erudito, otros más avezados y expertos estudiosos de su magna obra han dejado ya oír su voz y proseguirán sin duda hablando e investigando en las líneas que ha dejado abiertas. Baste recordar ahora que cuando el espíritu anda lleno del amor de Dios, la experiencia del dolor y del sufrimiento ante el inminente fin de esta vida se convierte en un prodigio de esperanza y de gozo. Eso explica que al conocer el fatídico diagnóstico de su enfermedad entonara un Salmo de júbilo porque pronto podría ver al Señor, y que pocos meses antes de su tránsito pronunciase palabras de tan honda espiritualidad como estas: "Yo cultivo intensamente la vida interior y cada vez me preocupa más que la conciencia se encuentre en placidez total porque esa conciencia en placidez total, en tranquilidad, es cuando hasta mejor produce, es cuando tiene las mejores ideas y es cuando puede dar hasta aportación para los demás. Se trata de ese bienestar íntimo que da siempre esa tranquilidad de conciencia, y es lo que yo advierto en los grandes doctores, esa vida interior tan intensa que tenían, por ejemplo, un Santo Tomás de Aquino, que cuando iba en aquella carreta medieval, camino de París, leía el comentario de San Ambrosio a San Mateo. Leyendo ese comentario de San Ambrosio a San Mateo en la carreta de bueyes con la que se acercaba a París, iba conservando aquella tranquilidad y aquella paz interior y aquel sosiego del cual brotó esa inmensa *Summa Theologica*, con todo lo que pudo él producir, que sólo un alma tranquila, quieta y sosegada es capaz de hacerlo".

Este es, a mi modo de ver, el patrimonio de un hombre. También lo son sus conocimientos, la vasta obra que ha dejado, pero lo que conmueve y deja una huella indeleble es su imponente talla espiritual. Que sea el sonoro silencio donde Dios se manifiesta quien nos dicte en qué medida constituye una gloria y un ejemplo para todos el paso por la vida de seres humanos como este extraordinario fraile Franciscano Capuchino.

Aquí simplemente hemos iniciado esta sencilla reflexión sobre su persona que habrá de proseguir con mayor intensidad en un futuro inmediato. Sirvan estas palabras como modesto y sincero homenaje a este "hombre de Dios", que es lo más excelso que puede afirmarse del acontecer de un ser humano en esta vida.